

con ese objeto una disciplina á menos que no sea muy meditada. Una inteligente observación hallará más ó menos oportunidades para acomodar la disciplina general á las peculiaridades individuales, y cuanto más así lo haga, mayor y mejor será su influencia.

CAPÍTULO II.

CONDICIONES DE LA EDUCACIÓN MORAL.

11. Primer aspecto de la instrucción moral.—La educación moral en su primer período no es materia de inteligencia, sino de sentimientos. El adolescente no puede comprender la naturaleza y principios de aquélla, lo que es á veces difícil también para el adulto ; pero antes de contar con facultades para lograrlo, y aun de poseer el don de la palabra para recibir instrucción, su educación moral va en progreso. El padre le expresa sus sentimientos, de palabra, ó por acciones ó gestos, y el niño adivina su importancia en virtud de aquel penetrante poder de interpretación que caracteriza su estado de completa dependencia, ó más bien, digámoslo así, su comunidad de vida, física y espiritual, con el padre. La simpatía que los une, íntima sobre toda comparación, ejerce su influencia con tal peso en el niño, mudo aún y falto de raciocinio, cual la más poderosa instrucción trataría en vano de ejercer en la comparativamente madura imaginación del adulto. Á la expresión de los sentimientos del padre, por la palabra ó los gestos, podemos agregar como igualmente poderosa, aunque para un poco más adelante, la influencia del ejemplo que encierra en sí una gran importancia por el hecho de presentar como un original que copiar ante el niño, cuya viveza para recibir instrucción de este modo, es proverbial.

12. Asociación.—La reconocida protección del padre para con el hijo, y la completa sumisión de éste, prontamente aseguran su conformidad con los sentimientos y ejemplos que se ponen ante su vista. Éstos dan al padre una autoridad que es irresistible en los primeros años, y que ejercitada con vigilante y constante fuerza, inclinan la voluntad del niño en cualquiera dirección que se desee; pero la única garantía de permanencia de esta impresión, es que sea el origen de perceptibles placeres para el mismo. Remoto como está todavía el período de su activa cooperación propia é independiente, debemos sembrar la semilla que más adelante ha de dar el fruto. El primer paso en la educación del niño, después de mostrarle sentimientos y ejemplos sanos, es crear el móvil que lo ha de incitar á adoptarlos voluntariamente, y esto se consigue por medio de la *asociación*. El niño se apercibe de ciertas propiedades del fuego, de la luz y de los cuerpos sólidos en general, por medio de la experiencia, á veces á costa de considerables sufrimientos; y de acuerdo con esta analogía aprende el carácter de las acciones por la experiencia de sus consecuencias. Pero como la asociación moral no es automotora, al menos permanentemente, á la manera que lo es la asociación natural, puesto que el niño, sin la intervención de otros, puede practicar el bien y el mal sin conocer sus consecuencias, al padre corresponde, como responsable de la educación de aquél, proveerle de una clase de asociación que lo conduzca á practicar lo que es recto, y á evitar lo que es perjudicial. Para esto ha de atender en primer término á la manera de distribuir su aprobación y su desaprobación, lo cual constituye el principal tipo de moralidad para el niño: la una atrayéndolo al bien por el placer que le proporciona; y la otra apartándolo del mal por los dolores que acarrea.

13. Hábito.—Los sentimientos que deseamos inculcar en el niño deben ser cultivados hasta que lleguen á convertirse en hábitos. En la fuerza del hábito reside el poder de la educación. Con él podemos conducirlo en cualquiera dirección, y amoldar su carácter y temperamento. Poderosos como son los instintos de nuestra naturaleza (y sabido es con cuanta fuerza se manifiestan particulares apetitos ó deseos en algunos casos) tenemos en el hábito un arma con la que los podemos dominar siempre; y no haciendo uso de la violencia, sino por medio de tranquilas y casi imperceptibles medidas. Por eso se dice que el hábito es una segunda naturaleza. Por otra parte; como nacemos sin hábitos adquiridos, y sólo con la capacidad de adquirirlos, en nuestra facultad está el formarlos, y nuestro carácter, por lo tanto, está por completo bajo la influencia de nuestro poder.

No puede haber educación moral donde no hay práctica de la moralidad. El niño, que se halla siempre dispuesto á obrar por el impulso, debe ver representadas delante de sí las virtudes que ha de aprender. La sociedad que le rodee debe estar constituida y regida de modo que le proporcione oportunidades, en cuanto sea posible, de poner en acción los buenos sentimientos de que se halle dotado. Por otra parte, del mismo modo que los sentimientos rectos se fortalecen con actos de rectitud, los de baja esfera deben anularse removiendo toda oportunidad de acción.

El niño, con su infinita variedad de impulsos, y con toda la experiencia que tiene que adquirir, posee una irresistible determinación hacia la actividad. No puede supeditarse á la quietud y á la inmovilidad porque no es posible detener su natural crecimiento. Consciente ó inconscientemente, en nuestro trato con él lo estimulamos á formar ciertos hábitos, pues oye lo que decimos y

ve lo que hacemos, y la imitación sigue inevitablemente. Tan luego como veamos en el niño los primeros síntomas de capacidad de acción debemos empezar el cultivo del hábito, pues entonces es cuando está más predispuesto y flexible. Con el transcurso de los años su disposición se hace más rígida, el sentido de la duda y la anticipación de dificultades se fortalece, y hay que luchar por lo tanto con obstáculos que hacen el trabajo infinitamente mayor. Los hábitos primeros son los más fácilmente adquiridos y los que más se arraigan; los que se contraen en la edad madura, á veces á costa de mucha abnegación y sufrimientos, nunca alcanzan la misma estabilidad.

14. La influencia de las acciones sencillas.—La influencia del hábito reviste las acciones sencillas de una importancia mayor de la que á primera vista pareciera debe concedérseles. La tendencia á la repetición es tan fuerte, y á veces tan poderosa, que los encargados de la educación de la juventud faltarían á su deber si no observasen con el mayor cuidado las más pequeñas manifestaciones de la actividad moral del niño. Una mentira, aunque sea en bröma, el despilfarro de una cosa, aunque se crea que no ha de ser ya útil, y la falta de puntualidad de un minuto, deben llamar siempre la atención del educador, porque pueden ser el origen de que el niño llegue á ser un confirmado embustero, un pródigo, ó un desordenado; y por otra parte, el más pequeño é inobservado acto de simpatía hacia un compañero, un escrupuloso cuidado en quitarse una mancha de las ropas, y un esfuerzo, á veces difícil, para ser puntual en los actos que lo requieren, pueden revelar un carácter benévolo, económico y ordenado. No es posible calcular los efectos de las pequeñas acciones; pero es prudente concederles siempre importancia. Debe esti-

mularse todo aquello que indique una saludable tendencia, del mismo modo que no debe dejarse pasar sin corrección aquello que, por insignificante que parezca, de lugar á la más pequeña sospecha de una mala tendencia.

15. El tiempo como un elemento del hábito.—Si nos fijamos en la desproporción que existe entre los resultados que se obtienen en la educación, y el esfuerzo que tenemos que emplear en todos sus períodos, comprendemos cuan tardío y gradual es el efecto de la influencia del hábito que sólo produce visibles resultados á fuerza de tiempo. Los cambios repentinos de carácter no están de acuerdo con la ley de nuestra constitución. Si el implantar un hábito es una obra árdua, no debemos intentar inculcar muchos á la vez; y si son varios los que tenemos que infundir, debemos escoger uno entre ellos para establecer el poder del hábito en general, y cuando hayamos conseguido el objeto en aquél, habremos dotado al niño de un grado de dominio de sí mismo que le facilitará considerablemente la adquisición de los demás. No hay más que un camino para contrarrestar los efectos de un mal hábito adquirido por el niño. Del mismo modo que aquél no ha sido contraído en un día, no es posible en un día destruirlo. La mente del niño no es indiferente á la clase de acción de aquél, y hasta halla cierto placer en ella. La simple amonestación ó mandato, que en un principio pudo haber sido suficiente, es ahora demasiado débil para detener el curso de aquella acción, y aumentar la fuerza de la severidad creyendo conseguirlo, sólo demostraría una ignorancia de la naturaleza del niño, que hasta pudiera ser nociva. Debe ser conducido á deshacer el camino que ha andado, por los mismos pasos porque avanzó, y esto vigilado con perseverancia por el maestro.

16. Relación de la inteligencia con la educación mo-

ral.—La inteligencia del niño no es base suficiente para su primera práctica de la moralidad. Como aquella es limitada, fundar en ella la moralidad es fundar en pasajeros sentimientos del momento, y por consiguiente sin ninguna base sólida. La moralidad en la infancia se cimenta en la autoridad del padre, ayudada del hábito y la asociación. Lo que aquél manda es ley, y la virtud de la niñez es la obediencia.

Pero aquel estado de debilidad no es eterno. Por su propia experiencia de la vida, que es variada y considerable á pesar de ser adquirida en una escala limitada, por su instrucción diaria, y por el trato con sus padres y compañeros, su inteligencia se despierta á la actividad, y empieza á juzgar y á razonar apercibiéndose de ello, como se desprende de muchas de sus observaciones y preguntas, algunas inconvenientemente astutas. Gusta de que sea reconocido aquel nascente poder, y casi exige su reconocimiento. Debemos entonces exponerle con claridad lo que se requiere de él, explicándole cuáles son las buenas y las malas acciones, y haciendo uso del mandato y de la prohibición. Debe exhortársele á la obediencia á sus superiores haciéndole comprender que este es su deber; pero cuando la inteligencia se ha desarrollado, exigir una absoluta y ciega obediencia puede producir solamente aversión al superior y á sus mandatos, en vez de educar al niño en la moralidad.

17. Consecuencias naturales.—La inteligencia del niño se prepara en primer lugar al conocimiento de la virtud haciéndole comprender las consecuencias naturales de las acciones. Por ejemplo, si ha dicho una mentira, haciéndole ver por algún tiempo que desconfiamos de sus palabras, lo cual le mortificará; si ha cometido una mala acción, relevándole de alguna pequeña responsabilidad, para indicarle que nuestra confianza en él

ha disminuido; ó, si ha usado malas palabras, rehusando su compañía cuando nos la ofrezca, para que sienta los efectos del aislamiento. La experiencia de estas consecuencias apresurará en él la comprensión de la naturaleza de sus actos, y entonces es cuando debemos explicarle que nuestro desagrado no es efecto de un capricho ó del deseo de mortificarlo, sino un sentimiento de deber, y esto de una manera adecuada á su capacidad. De un modo semejante debe dirigirse su atención hacia la naturaleza de las buenas acciones, en conexión con las recompensas de confianza y consideración que naturalmente traen consigo. Nada aprenderá respecto á la naturaleza del bien y del mal si simplemente se le castiga de una manera artificial, y lo único que probablemente hará es ser más cauto al repetir ciertas faltas.

18. La triple base de la moralidad.—El carácter de toda educación moral se mide por los grados que abarca de los tres poderes, hábito, inteligencia y asociación. Separadamente estos poderes no realizan aquélla. La inteligencia moral no es, por consiguiente, la moralidad; la una es cualidad del entendimiento, mientras que la otra lo es de las acciones. Con frecuencia vemos en una misma persona una perspicaz comprensión moral juntamente con una conducta inmoral, lo cual no es sorprendente si tenemos en cuenta que el carácter esencial de la moralidad es una cualidad de las acciones. Cultivando en el discípulo sólo la inteligencia de la moralidad, le hacemos contraer el hábito de pensar que esto es todo lo que necesita y que no son necesarias las acciones, lo que constituye un hábito inmoral cual es el de obrar en desacuerdo con lo que él cree ó sabe.

La adopción de hábitos solamente, no constituye tampoco la educación moral. El hábito, sin la inteligencia y la persuasión, no caracteriza á un ser racional,

sino á una máquina, y los actos practicados bajo su influencia no tienen carácter moral, ya sus resultados estén ó no de acuerdo con la moralidad. En ningún caso este hábito aparente de moralidad puede ser permanente, ni suficiente como poder moral. El rutinario procedimiento á que conduce podrá durar mientras el niño se halle fuera del alcance de circunstancias que intervengan con su obediencia á él; pero nunca podrá resistir el impulso de las preocupaciones y del interés personal. Se necesita la inteligencia para dar á aquellos actos un carácter moral, y la asociación para asegurar su acción contra toda opuesta tendencia. Por último, no es concebible la asociación sola como constitutiva de la educación moral. Sin el hábito, la ejecución de las acciones tiene que ser siempre difícil, incierta é imperfecta, al mismo tiempo que es obvio que la inteligencia debe acudir á evitar que la buena intención, como con frecuencia sucede, extravíe el curso de las buenas acciones, ocasionando muchos males inesperados en vez de un esperado bien.

19. Extensión y condiciones de la influencia de la escuela en el hábito.—La escuela ofrece á la actividad del niño un ancho campo para cultivar la moral. Es como un pequeño mundo en el que se llevan á cabo planes, concurriendo intereses personales, muchas veces en oposición, lo que da lugar al desarrollo de una actividad ilimitada. Allí se ven constantes oportunidades de practicar las virtudes de la sinceridad, la benevolencia, la honradez, etc., y de ser influídos por la falsedad, el egoísmo, y la deslealtad. Sin el respeto y la obediencia que el maestro debe exigir, sobrevendrían la insolencia y la insubordinación. En el desempeño de sus deberes, han de estimularse en el niño las cualidades morales de la diligencia y la resolución, ó de lo

contrario se implantarán los vicios de la pereza y la indolencia. El maestro tiene ocasión de observar aquellas cualidades en el curso de las ocupaciones impuestas á sus discípulos y dirigidas por él mismo ó bajo su inspección, y debe corregir los defectos que note, muchos de los cuales llegan á su noticia por referencia ó por averiguación casual. En el lugar del recreo es donde puede observarse esta actividad de la escuela ejerciendo su mayor influencia para el bien y para el mal. Si allí domina la del maestro, el efecto tiene que ser bueno; pero si entre los niños hay alguno que ejerza la suya propia, con tendencias diferentes á la de aquél, la actividad penetrará la esfera de los malos hábitos. Debe procurarse establecer en la escuela una opinión pública y sana, cuya influencia se haga sentir en todas partes. Esta es una tarea difícil que requiere un interés profundo por los discípulos, y una gran benevolencia, fuerza de carácter, y tacto para asegurarse una personal ascendiente. Cuando en la escuela exista un mal estado de sentimientos entre el maestro y los discípulos, la actividad de éstos se verá como restringida en su presencia y no será sincera; tendrán miedo de obrar y de revelar sus sentimientos porque desconfiarán de él. Este mal estado de relaciones producirá, por lo general, resultados desagradables entre los mismos discípulos que, sin el apoyo de una influencia central, tenderán á dividirse en partidos, creando malos sentimientos de unos para con otros, de lo cual se aprovecharán las disposiciones malévolas para hacer preponderante su actividad. El maestro es responsable de la confianza que debe establecerse entre él y sus discípulos, y entre estos mismos, confianza que dará lugar á que las actividades rectas se robustezcan y ganen fuerza, y á que las viciosas desaparezcan por falta de campo en que desarrollarse.

20. Cultivo de la inteligencia moral.—La escuela cuenta indudablemente con grandes elementos para cultivar la inteligencia moral del niño ; pero es preciso no desatender la forma en que deben utilizarse para que resulten efectivos. Una gran parte de la instrucción moral que se da en las escuelas es ineficaz por mal aplicada. Los niños se cansan é intranquilizan cuando se les obliga á escuchar discursos abstractos de moral que ningún otro efecto les producen, porque están fuera del alcance de sus facultades ; pero, así como su amor á la actividad y á la adquisición de conocimientos los predispone á escuchar lo que se les comunica de una manera apropiada, los mismos instintos, y su afán por adquirir experiencia en los caminos de la vida, les interesan en el conocimiento de las reglas á que deben ajustar su conducta siempre que se les presenten adecuadamente. El maestro debe instruir con el ejemplo, ó presentando casos de conducta que aquellos puedan comprender por su propia experiencia, y hacerlo de una manera atractiva, con gráficas descripciones é ilustraciones cuya pintura cautive la imaginación.

21. La enseñanza "positiva" de la moralidad.—Al adulto, que tiene experiencia y juicio para guiarse á sí propio, se le puede enseñar moralidad, tanto poniendo ante su vista ejemplos de virtud, como del vicio opuesto ; pero no es lo mismo cuando se trata del niño, que carece de aquellas propiedades. Á éste se le debe enseñar presentándole sólo la virtud para que la imite y se le haga simpática. Es una regla tanto de mental como de moral educación, que se debe enseñar al discípulo lo que es bueno, antes de ejercitarle en juzgar lo que es malo. Los ejemplos de esto último serán convenientes para probarle en los conocimientos que se le hayan hecho adquirir ; però antes de esto se corre el

riesgo de incitarle á imitarlos, tanto como á evitarlos ; y siendo las primeras impresiones tan persistentes, debe procurarse que sean siempre más bien positivas que negativas. No debemos familiarizar al niño, por vía de instrucción, con fases de vicios que él probablemente no ha de ver ejercitados, ni tiene tendencias á ejercitar. Esto, no sólo rebajaría el tono de sus sentimientos, poniéndolo en contacto con una cosa desagradable, sino que es casi seguro que le tentaría á cometer alguno de los actos presentados ante él para que los evite, por el mero espíritu de experimentar una novedad. El mejor preventivo contra el error es enseñar la verdad, y contra lo que es malo, inspirar la imaginación en el culto de lo bueno. Podemos recorrer el error en todas sus formas sin enseñar la verdad, así como podemos exhibir todas las ramificaciones del mal sin por ello impulsar hacia el bien. La enseñanza por negativos, si ejerce algún efecto real en el carácter, podrá hacer del discípulo un crítico de la conducta de los demás, pero no le hará virtuoso. Podremos enseñarle lo que debe dejar de hacer, pero siempre necesitará un guía que le enseñe lo que debe hacer ; mientras que enseñándole lo que debe hacer, le enseñamos al mismo tiempo, implícitamente, lo que no debe hacer.

22. La opinión moral.—La instrucción moral no llena su objeto por entero cuando se ha ofrecido á la imaginación del discípulo por simples impresiones ; esto no es más que un medio para un fin. Por la atenta observación de las circunstancias debe ser conducido á ejercitar su juicio para determinar el carácter de las acciones. La misión del maestro no se reduce á dictarle reglas de moralidad, sino á hacer que las halle por sí mismo. Existe una gran diferencia de poder práctico entre una regla inculcada en la imaginación del discípulo por el